

Pero Marta tenía otras cosas en que pensar. En efecto, había decidido dedicarse a los negocios: comenzó su actividad de taxista con la Citroën II que acababa de comprar.

Así, mientras sus escritos eran incorporados en la antología de la narrativa chilena editada por el Instituto de Literatura de la universidad, mientras eran traducidos a varias lenguas incluido el rumano, en 1966, en el Bucaresti Institute de Leteraturya, Marta, la primera mujer taxista de Latinoamérica, recorría en su coche las calles de Santiago. Naturalmente, también ésta fue interpretada como una excentricidad; hasta fue entrevistada por la televisión como fenómeno extraño. En realidad, era un trabajo duro y peligroso. Llegaba a casa extenuada, sin la fuerza necesaria para ponerse a trabajar en la escritura, presa de mil temores en una ciudad violenta y machista como la Santiago de la época de Frei. Estuvo muy ceca de ella y la animó su amiga Violeta Parra.

El taxi no resultó suficiente para mantenernos y Marta empezó a trabajar también para la *Enciclopedia Chilena*. En aquel tiempo turbulento y de grandes pasiones políticas yo terminé en la cárcel por mi militancia en la Liga Espartaco, un grupo de extrema izquierda. Esto causó aun más escándalo del necesario. Un día, Marta enloqueció. En verdad, fue un proceso largo y tormentoso; desde hacía un tiempo su condición se había ido empeorando, y cada vez era más presa de sus obsesiones y sus fantasías; tal vez sería más apropiado hablar de delirios. Se había ido convenciendo de que se había urdido una conjura para robarle el pensamiento; se sentía constantemente espiada, perseguida por agentes secretos, interceptada. El «Gran Complot» habría sido organizado por la CIA que, para ese entonces, había sembrado todo el apartamento de micrófonos y grabadoras, con el fin de captar las ondas cerebrales y de debilitar su resistencia. Acosada por estas obsesiones, se encerraba a escribir en el baño de casa y, sentada en el inodoro, escribía a máquina sobre el lavarropas. Para protegerse, también se había hecho un casco destinado a impedir el robo del pensamiento. Lenta e inexorablemente había ido diseminando por la casa hilos y cintas que deberían delimitar los recorridos saneados, en los que era posible transitar sin peligro; todos debíamos desplazarnos a lo largo de estos senderos «cerebrales». Estaba convencida de vivir en la clandestinidad, quizá como en los años heroicos de la juventud.

Yo tenía entonces dieciocho años y un cuarto propio en el fondo de un corredor; a menudo dormía allí con mi compañera Eunice. No importa qué estuviéramos haciendo, en medio de la noche Marta entraba, se sentaba en

la cama e iniciaba larguísimas conversaciones; seguía hablando hasta el amanecer. Así ahuyentaba por algunas horas su soledad y sus fantasmas. Uno de los temas de estas largas discusiones nocturnas era la profecía que le había confiado su amiga Violeta Parra: un día había soñado que todo el pueblo chileno sería puesto en camino para una larga marcha militar. Esta ocurrencia había conmovido fuertemente la fantasía de Marta.

Una noche debía escribir a máquina la copia de un relato que quería enviar a un concurso literario. En la calle Vicuña Mackenna, un grupo de estudiantes achispados cantaban, reían y alborotaban demasiado como para que Marta pudiera concentrarse. Sin decir una palabra, Marta se puso de pie, tomó del fondo de un cajón donde estaba celosamente custodiada la vieja Colt 45 (de la Marina), recuerdo de su primer amor, se dirigió a la ventana e hizo cinco disparos; como aún tenía una vista excelente, cinco alborotadores quedaron heridos en el suelo.

El episodio de la Colt fue el último y más grave signo de una mente que estaba perdiendo progresivamente su equilibrio. Aunque parezca increíble, en todo este tiempo siguió conduciendo su taxi, hasta que un accidente dejó fuera de combate al viejo cochecito. Pero también continuaba escribiendo lo que nadie ha leído: *Un sueño en otro sueño*, el poema «Amerina» y los relatos «La monja» y «El álamo».

Después del episodio de los disparos, los sucesos se precipitaron, terminó en las páginas de todos los periódicos: la locura de la escritora. Fue internada durante seis meses en el manicomio de la Avenida La Paz. Estábamos en 1968. Yo era un activo dirigente estudiantil en la universidad, pero los periódicos me señalaban como «el hijo de la loca». Marta salió del manicomio completamente transformada y ya no estuvo en condiciones de escribir nada nuevo. Como después del accidente con el Citroën ya no tenía ningún medio de ganarse la vida, cerró la casa de Vicuña Mackenna y fue a reunirse conmigo en el Sur, cerca de Concepción, donde yo realizaba «tareas políticas» en las poblaciones indígenas. Se vino a vivir a la casa de campo que yo había organizado con María Elena, una india con la que acababa de casarme. Eran los años de la gran tristeza por la muerte del Che. Se adaptó completamente a esa vida elemental y sin muchas comodidades; en poco tiempo se convirtió en una especie de madre sabia para la pequeña comunidad de *hippies* y de *beatniks* fumadores de marihuana que se habían exiliado en aquella perdida región de Chile.

Recuerdo con gran emoción el día en que, cuando cumplí veinte años, me regaló tres hongos de psilocibina y un pedacito de peyote: «Ya eres grande –me dijo– busca tu puerta». Y aún la estoy buscando.

En 1970, con el lema «El socialismo con la democracia», el doctor Allende fue electo primer presidente de la Unidad Popular. Era una persona de buenos sentimientos, pero carecía de la menor percepción de cuanto pudiese haber de pérfido y cruel en el adversario; baste recordar que Pinochet fue elegido por él jefe de las fuerzas armadas. Marta era indiferente a estos sucesos, absolutamente indiferente. Ya no creía en la literatura, no creía más en la historia, sólo decía: «Si Salvador se equivoca, aquí pagan todos», y nos recordaba a todos el sueño de Violeta Parra, cien años de marchas militares. Por suerte para ella, Marta no llegó a ver el rostro de Pinochet. Al funeral de Marta asistieron los jóvenes de Santiago que reconocían en ella un ejemplo de vida, una voz auténtica del Chile libre. Murió en el mismo día y mes que Rimbaud.

